

NOTAS SOBRE LA LENGUA JUVENIL ACTUAL

Javier Medina López
(*Universidad de La Laguna*)

RESUMEN

En este artículo se ponen de manifiesto algunas de las peculiaridades que caracterizan a la lengua juvenil actual y la necesidad de tener en cuenta estos sociolectos frente a las generaciones adultas en los estudios de Lingüística. Se tocan aspectos desde el punto de vista léxico y fonético fundamentalmente. Asimismo, se hacen algunas reflexiones sobre la cultura juvenil y su impacto en el resto de la sociedad.

ABSTRACT

In this paper we deal with some of the peculiarities that distinguish the language spoken today by the teenagers, and we also underline the necessity of taking into consideration this type of language in the linguistic studies, mostly dedicated to the adult generations language. Fundamentally, lexical and phonetic aspects are analyzed. Besides, some comments are made about young people's culture and its impact on the rest of the society.

Uno de los rasgos que caracterizan de manera más peculiar a las nuevas generaciones actuales (especialmente las edades comprendidas entre los catorce y los veinte años) es su lengua. Aunque ésta no ha ocupado un lugar destacado en los estudios de lingüística, quizás debido a sus especiales características, la lengua juvenil, y eso creo que nadie puede cuestionarlo, ofrece en su conjunto un conglomerado tal de fenómenos que dada su efervescencia y creatividad, la hacen un óptimo punto de miras.

Para cierto sector de la lingüística se ha considerado que dada la inestabilidad que supone la lengua oral juvenil, no ofrece las suficientes garantías como para ser considerada objeto de estudio, por lo menos con el rigor y el acercamiento del que han sido objeto otras áreas del lenguaje. A esta conclusión se ha llegado especialmente si se tiene en cuenta que al estar los hablantes en un período de formación y desarrollo humano, la lengua, como una facultad más del hombre, también debe estar sujeta a cambios y a consolidaciones que sólo en las etapas posteriores lograrán una *relativa* estabilidad. Además, *Cuestionario*¹ se determina qué generaciones serán objeto de interés por parte de los lingüística: «Se seleccionarán representantes de tres generaciones, de acuerdo con la siguiente distribución y proporción: i) Informantes comprendidos entre los veinticinco y treinta y cinco años = 30%; ii) Informantes de treinta y seis a cincuenta y cinco años = 45%, y iii) Informantes de más de cincuenta y cinco años = 25%. Es obvio que todo trabajo que se rijan por lo fijado en el *Cuestionario* debe descartar la inclusión de la generación más joven en su proyecto. De esta forma se deja fuera a una gran masa social con similares características, especialmente en lo que a la fonética y al léxico se refiere. Como ejemplo se podría señalar la homogeneidad que presenta el lenguaje escolar en la actual sociedad española. Bien es verdad que muchos de estos sociolectos tienen una vida bastante efímera, aunque su validez comunicativa es bastante precisa.

El análisis de la lengua juvenil, en todas sus facetas, y con todos los riesgos de fluctuación, inestabilidad, esnobismos, modismos, etc, valdría la pena tenerla en consideración por lo menos a la hora de dar cuenta de cuáles son los mecanismos que rigen el funcionamiento de la misma. En este sentido no debe olvidarse que parte de algunos de los cambios lingüísticos que se están operando hoy en día en el español, vienen alentados por las generaciones más jóvenes del espectro social: *yeísmo*, *leísmo*, *laísmo*, etc. (De Canarias debe exceptuarse el último, cuya incidencia es casi inexistente hasta hoy). Un vínculo común, la televisión y medios informativos en general, podría estar influenciando a los hablantes de zonas que, como Canarias, hasta hace poco tiempo mantenían un sistema lingüístico mucho más estimológico que el castellano proveniente de la Península. El doblaje de películas, entrevistas, coloquios, música, etc, (al margen del bien considerado castellano de los locutores de los informativos, aunque esto también ha variado con la aceptación de otros *acentos*), van influyendo en la forma de hablar de muchos jóvenes canarios. Esto hace, entre otras causas, por ejemplo, que el *leísmo* avance fuertemente. Hay razones de tipo puramente lingüístico evidentemente que no deben descartarse (verbos latinos cuya construcción se hacía con dativo, por ejemplo). Aunque no poseo datos estadísticos de una investigación profunda, he podido observar

que los alumnos que tuve durante dos años en un Instituto de Enseñanzas Medias de Santa Cruz de Tenerife usaban arbitrariamente los átonos *lo/le* en función de complemento directo masculino (*mírale/míralo*), es decir, eran mayoritariamente leístas². Por el contrario, jóvenes de un Instituto semirural del Norte en Tenerife, Los Silos, mantenían con mayor seguridad el sistema etimológico. Podría pensarse, en este caso, en una clara diferencia de zonas rurales frente a las urbanas, donde los primeros serían mucho más conservadores que los segundos.

Lo mismo ocurría con la oposición *ll/y*. Para los alumnos de Santa Cruz, en algún ejercicio que realicé para comprobar hasta qué punto eran capaces de pronunciar la pareja consonántica, resultó mayoritariamente neutralizada la oposición en favor de */y/*, y lo que es más, muchos o no distinguían auditivamente cuando les oponía parejas como *poyo/pollo*, *raya/ralla*, etc, o no sabían cómo articular la lateral. Cabe decir que cuando lo intentaban, se trataba de un ejercicio verdaderamente complejo para ellos ante las dificultades de articulación. La diferencia contextual era la única que les ayudaba a distinguir cuándo estaban ante un significado y cuándo ante otro.

Otros aspectos de tipo léxico hacen unificar las hablas juveniles, por muy separadas que éstas se encuentren geográficamente. El mundo musical y todo su léxico cargado de anglicismos es común a todas las generaciones más jóvenes: *punky*, *rasta* «reggae» (Jamaica), *rocker*, *tecno*, *heavy*. Ahora bien, la terminología se hace tremendamente novedosa e innovadora tanto léxica como fonéticamente en el campo de las drogas: *alucinada* «estar bajo los efectos de alguna sensación» (producida por drogas o no), *arpón*, *banderilla* «aguja de inyección», *blanca* «cocaína», *chute* «inyectarse», *picarse*, *hacerse un pico* «inyectarse», *bombona* «coche de la policía», *guindilla* «policia», *pasma* «policia», *china* «trozo de has o hachís», *estar colgado* «drogodependiente» *colocado* «drogado», *cuelgue* «efecto de la droga», «drogodependiente», *flasheado* «drogado» *libra* «cien pesetas», *ligado* «detenido», *colombiana*, *peruana* «cocaína», *rueda* «comprimido de Bustaid». La relación que se señala es meramente ilustrativa. Algunos de los diccionarios de argot pueden ampliar este vocabulario³.

La juventud actual, nacida en torno a la década de los setenta, presenta en su conjunto todo un influjo de tipo social, ausente en las generaciones anteriores (postguerra inmediata, años cincuenta y sesenta). Es evidente que tanto la educación recibida, así como el contexto sociocultural en el que se ha desarrollado la vida de los jóvenes de hoy es, por lo general, marcadamente opuesto a las generaciones precedentes. Con la llegada de la democracia a España se produce un clima de apertura en las relaciones sociales, acompañado de una explosión de libertad como consecuencia de los años de la censura. La libertad de expresión, forjada a raíz de la desaparición de determinados impedimentos tanto sociales como legales, trajo consigo el auge de otras formas de hablar y modismos. Así, y de manera lenta pero pujante, fueron naciendo *hippies*, *progres*, *hablas especiales*, *argots juveniles*, *jergas juveniles*, *lenguaje marginal*, *lengua del hampa* (con resonancias distintas a las del siglo de Oro actualmente), *lenguaje cologuial juvenil*, *lengua de los pasotas*, *el cheli*, *el habla de los pijos*, *lenguaje del rollo*, *la movida*, y un largo etcétera más de rútu-

los, para designar a esa manera peculiar del habla de los más jóvenes. Podría señalarse que siempre ha existido un «habla marginal» en todas las sociedades y en épocas pasadas, pero es quizá en los últimos tiempos cuando estas hablas han tenido mayor incidencia en el resto de la sociedad⁴. Además, al amparo de esta diferenciación lingüística aparece la catalogación de los miembros de un grupo en función de aspectos como *gustos musicales, manera de vestir, ideología (los pijos de ideología claramente conservadora), macarras, modernos*, etc.

Aunque al principio de su introducción en español hubo reticencias por tratarse de un galicismo, el término *argot* ha servido para catalogar tanto la lengua de algunos grupos socialmente más prestigiosos (médicos, arquitectos, abogados...), como la de aquellos que pertenecían a estratos inferiores (ladrones, drogadictos, prostitutas, etc.). Otros vocablos, en el caso español, coexisten junto a *argot*. Así por ejemplo: *jerga* jargon fr. ant.; *germania* *germá* «hermano» cat.; otras etiquetas son *slang, caló*, etc.⁵. Hoy, sin embargo, parece un hecho aceptado por todos el incluir bajo el rótulo de *argot* o *jerga* a las hablas juveniles.

El habla juvenil caracteriza a toda una masa social, cuya influencia es cada vez más evidente en la lengua de las generaciones adultas. En principio podríamos señalar que se trata de una forma de identificación social frente a los otros grupos enclavados en la sociedad. La heterogeneidad y diversidad es lo que caracteriza a esta generación, pero por encima de ella existe una serie de vínculos que los señala como pertenecientes a uno u otro grupo, generación, estatus, clase, religión, ejército, etc... El habla juvenil puede llegar a sorprender (particularmente en su léxico y en su acento) por romper con las normas establecidas en la comunidad *socio-lingüística*. Los tratados de Sociología reflejan claramente esta vinculación del concepto de «norma» y el de «control social». El hombre, como una pieza más de mosaico social, está sujeto a normas. En este sentido, Salvador Giner señala: «La conducta humana es básicamente normativa, y también lo es muy a menudo aquella que se desvía de las normas prevalentes del grupo, como se verá. Los grupos constantemente establecen las reglas del juego social y las institucionalizan»⁶. Desde el momento que se produzca una ruptura con la norma social, la resultante producirá un efecto, a veces de rechazo, otras de aceptación, o también de absentismo. Con la lengua juvenil encontramos una evidente y cada vez más clara aceptación de todos sus elementos que la singularizan. Compruébese para ello la gran cantidad de términos que han pasado de ser usados por los jóvenes en contextos muy determinados, para ser empleados por generaciones posteriores en distintas situaciones igualmente: *dolerle a uno el coco* «dolerle a uno la cabeza» «*ir a un boncho* «ir a una fiesta», *ser algo chachi* «ser algo divertido» «agradable», *colega* «amigo», *venir la pasma* «venir la policía» *estar algo chungo* «malo» «aburrido», *estar mosqueado* «asombrado» «ruborizado» «sospechar», *vacilar* «tomar el pelo» «decir tonterías», *el nota/la nota* «el hombre» «la mujer»... Esto que señalamos no es privativo del campo del lenguaje, sino también tiene su influencia en el mundo de la moda. Muchos son los que, atraídos por la vestimenta juvenil más informal y deportiva, la han imitado como una parte más de la nueva concepción de vida. En la interesante «Introducción»

que hace Rodríguez González sobre estos aspectos, señala que «estas manifestaciones (se refiere a las modas) en su origen han tenido lugar, y lo siguen teniendo de manera preponderante, en los ambientes marginales. Al calor de una cultura marginal se ha impuesto una determinada moda en el vestir como signo de un comportamiento social desviado. Esta actitud de enfrentamiento a las normas de un entorno, de anomía, por parte de una subcultura marginal no se refleja únicamente en la moda o en el lenguaje sino que informa cualquier práctica comunicativa, ya se trate de la música, la literatura o el consumo de drogas»⁷.

El grado de desarrollo de algunos fenómenos lingüísticos en el habla joven no es del todo homogéneo. Lo cierto es que hay algunos que parecen más aceptados por la misma colectividad juvenil frente a otros. Parece un hecho altamente detectable que dentro del grupo se establecen preferencias y discriminaciones. Por ejemplo, en la jerga «cheli» (irradiada desde Madrid principalmente) ha triunfado la pronunciación fricativa meridional de la *ch* (qué pasa). Asimismo es característico también el arrastramiento de la *s* (passa)⁸. Algunos autores no consideran que la influencia de estas hablas sea realmente significativa en las generaciones posteriores. Se trataría de un «código restringido» (ya que las posibilidades de que triunfe son pocas) tal y como señala Berstein⁹. Otros, siguiendo la misma línea, prefieren hablar de *jerga de grupo* más que de *jerga generacional*¹⁰ separando así el estilo de habla de un grupo marginal dentro de una generación (*pasotas*, *drogadictos*, *lenguale de los soldados*, *macarras*, etc.), frente a la manera en la que se expresa la mayoría de los miembros de una amplia generación. En esta ocasión, es obvio que encontramos también elementos de argot, pero su proporción es mucho menor que en el caso primero. Esta idea también es defendida por Francisco Moreno, quien en un estudio sobre el habla juvenil en Quintanar de la Orden (Toledo), se cuestiona los siguiente: «¿quiere esto decir que todos los jóvenes que viven en nuestras ciudades están integrados en este tipo de grupos? Y por otro lado, ¿qué ocurre con la juventud que normalmente se desenvuelve en los medios rurales?»¹¹.

Otros aspectos del léxico juvenil resultan sugestivos para su estudio como, por ejemplo, toda la riqueza metafórica que lleva consigo el campo de la *sexualidad*. Bien es verdad que parte de las creaciones que surgen en estos registros de lengua únicamente se queda en pequeños círculos, sin posibilidades de triunfar fuera de ese ámbito. Así y todo, algunos vocablos se hacen enormemente comunes a todas las generaciones. En este sentido el enriquecimiento léxico recae sobre las zonas eróticas tanto del hombre como de la mujer. Lo cierto es que, la rapidez con la que nacen y desaparecen muchos de estos términos, hace difícil su acercamiento. Habría que contar, por otro lado, ¿qué ocurre con la juventud que normalmente se desenvuelve en los medios rurales?»¹¹.

Otros aspectos del léxico juvenil resultan sugestivos para su estudio como, por ejemplo, toda la riqueza metafórica que lleva consigo el campo de la *sexualidad*. Bien es verdad, que parte de las creaciones que surgen en estos registros de lengua únicamente se queda en pequeños círculos, sin posibilidades de triunfar fuera de ese ámbito. Así y todo, algunos vocablos se hacen enor-

memente comunes a todas las generaciones. En este sentido el enriquecimiento léxico recae sobre las zonas eróticas tanto del hombre como de la mujer. Lo cierto es que, la rapidez con la que nacen y desaparecen muchos de estos términos, hace difícil su acercamiento. Habría que contar, por otro lado, con el tipo de hablante, clase social, y por supuesto, con lo que se ha llamado la «libertad filológica», así como con la «libertad contextual» determinante en este tipo de léxico. Como sabemos en determinados contextos y situaciones formales eliminamos términos que resultan más vulgares, coloquiales o familiares, sustituyéndolos por otros considerados más cultos, o más prestigiosos. Los trabajos referidos a este tipo de léxico son escasos. Sin embargo, el lenguaje de argot sobre la sexualidad está cargado de símiles, metonimias, hipérbolos, etc. Como muestra citaré algunos ejemplos ya señalados por otros autores¹²: para el sexo masculino *pene* «bastón de mando», «batuta», «carajo», «nabo», «pirulí», «porra», «rabo», «chorizo», «cipote», «cirio pascual»... Para el sexo femenino *vagina*: «agujero», «alcancia», «almeja», «barba», «boca sin dientes», «funda», «felpudo», «huroner», «ostra», «ratonera», «tribunal de la sangre», etc.

En el lenguaje coloquial juvenil, y también por extensión en otras generaciones, se dan a veces *fórmulas de saludo y despedida* basadas en la utilización de términos y expresiones que fuera del contexto resultarían, en muchos casos, verdaderos insultos. Ocorre normalmente en encuentros esporádicos, entre *colegas* con buena amistad, y donde se da por lo general, un ambiente relajado y distendido: «¿Qué pasa, *mamón*?», «¡Hola *fea!*!», «¿Qué pasó *caraculo*?» «Hola, *jilipollas*», «Sí, una vez al año y cuando te aflojan los *talegos* ¿qué *cabrón*?» son expresiones que he oído con regularidad a jóvenes de bachillerato en los pasillos de los Centros cuando simplemente no tienen nada que decirse, pero desean cruzar algunas palabras entre ellos. La lista puede ampliarse, pues diariamente es fácil recoger *in situ* (en la calle, en los bares, en reuniones y fiestas) ejemplos de este tipo. El tabú lingüístico, en estos casos, suele ser más frecuente entre las mujeres que en los hombres.

Determinar las causas que hacen que un grupo dentro de un colectivo más amplio comience a innovar lingüísticamente es una tarea realmente compleja, que correspondería más al campo de la psicolingüística. En cualquier caso, hay una evidente muestra de distinguirse de los demás, y consecuentemente de enfrentamiento sociocultural. Esta rebeldía que en muchas ocasiones subyace en el fondo de muchos de estos grupos marginales provoca lo que se ha llamado para algunos el «fenómeno de la contracultura» y para otros «subcultura». Estas diferencias, contienen un matiz importante. En primer lugar, tal y como señala Rodríguez González citando a S. Hall: «la contracultura, asociada principalmente al movimiento hippy de los 60, se caracteriza por asumir formas explícitas políticas e ideológicas en su oposición a la cultura dominante (acción política, filosofías coherentes, manifiestos, etc.), por la elaboración de instituciones alternativas (prensa marginal, comunas, cooperativas, etc.), por extenderse más allá de la adolescencia...»¹³. En el caso de la *subcultura* estaríamos ante un fenómeno menos mayoritario, infinitamente menos organizado, y en cierto modo, más aparente, más vacío ideológicamente. Quizás una postura más radical es la que plantea Brake cuando señala que esa dife-

renciación no es fructífera ya que «aun pudiendo desarrollar normas de oposición contra las oficiales o establecidas, una subcultura no puede sobrevivir durante mucho tiempo si su existencia transcurre en confrontación permanente con la sociedad dominante»¹⁴.

La lengua se convierte llegado a tal extremo en un símbolo, en un medio más (junto a la ropa, la música, un determinado estilo de vida) de esa contracultura-subcultura. Esta actitud de rechazo convierte a determinados grupos sociales, aún pertenecientes a la misma generación en verdaderos guetos en los que no es fácil la penetración de nuevos «miembros» si no se comparan, en cierto modo, las mismas aficiones, actitudes y estilos de vida.

En cierto modo, y teniendo en cuenta estas reflexiones, se hace hasta cierto punto comprensible las dificultades que tienen los jóvenes estudiantes en los niveles principalmente preuniversitarios para el aprendizaje de la lengua y literatura española. La brutal diferencia que se observa en múltiples ocasiones entre los sociolectos juveniles y los llamados libros de textos convierten a éstos en manuales poco atractivos para los alumnos. La programación de obras de consulta es, llegado a este punto, fundamental para despertar el gusto por la lectura en una sociedad en la que, cada vez más, se tiene menos tiempo para sentarse a leer y reflexionar sobre la lectura. En este sentido el mundo de la imagen (televisión, video, cine, etc.), aleja cada vez más a los lectores, a la par que le ofrecen una rápida y cómoda adquisición de un caudal informativo con un mínimo esfuerzo intelectual. La obligatoriedad de textos clásicos que se encuentra en los programas de lengua y literatura en la enseñanza media, por ejemplo, resulta excesiva e inapropiada para alumnos de edades comprendidas entre los catorce y quince años. Lecturas como *El cantar del Mio Cid*, *La Celestina*, *El Conde Lucanor*, por sólo citar algunos casos, escapa a toda comprensión y son difícilmente asimiladas por los alumnos, que en muchos casos acaban aprendiéndose características literarias del movimiento al que pertenecen, biografías de los autores y poco más. La enseñanza universitaria si debe procurar, como de hecho hace, un estudio profundo de dichas obras, dado que se trata de formar a especialistas. Sin embargo, si pretendemos que un alumno de quince años conozca la historia de la literatura española desde sus orígenes hasta la actualidad en un curso (2º de BUP), tal y como aparece recogido en el programa oficial del Ministerio de Educación y Ciencia, estaremos creando más que a futuros lectores a personas con una idea equivocada de cuál es el papel que cumple la cultura humanística en la sociedad de hoy en día, así como una falsa visión del valor y la importancia de la lectura.

Si nos situamos en el terreno de la enseñanza de la lengua observamos que la situación no es más halagüeña. El empeño de algunos profesores por enseñar un castellano ajeno al alumno y puramente normativo convierte a la clase de lengua en un escollo similar al que sufren otras asignaturas con altos grados de complejidad. Las abstracciones a las que tiene que recurrir el alumnado para captar conceptos tan específicos como *letra* frente a *fonema* o frente a *sonido* resultan, cuando menos, infructuosas si se insiste en el empeño, máxime cuando las verdaderas carencias a estas edades radican, entre otras, en la pobreza expresiva y el desconocimiento del léxico. Léxico que, paradóji-

camente, no es el que el alumno se va a encontrar en el habla diaria y coloquial, ni siquiera en las explicaciones del profesor, como muchas veces ocurre. De esta manera, se ve obligado a reconocer significados de términos arcaicos, mientras ignora parte del vocabulario actual, que sería más útil.

Esto no quiere decir, en modo alguno, que deba prescindirse de ilustrar al alumno de cuál ha sido la historiografía literaria o gramatical hispana. Pero sí creo que los programas deban ajustarse a las edades y a las necesidades geográficas de los centros donde se imparten las enseñanzas. Es evidente que la procedencia rural o urbana determina, en muchas ocasiones, la preparación y captación de muchas de las enseñanzas impartidas. El fracaso escolar, en aumento cada año, también nos demuestra y confirma la separación existente entre lo que se enseña en las aulas por un lado, y lo que demanda la sociedad por otro.

Si nos empeñamos en lo contrario, estaremos fomentando un rechazo cada vez mayor de la lectura y todas las posibilidades de enriquecimiento que ésta nos da. Habrá que ofrecer gradualmente y según la edad, lecturas y programas que despierten la curiosidad y el divertimento en lo que se hace. En caso opuesto, tanto la enseñanza del idioma, como el reconocimiento de los valores literarios e históricos que tienen las obras clásicas, estarán abocados al fracaso.

Notas

1. *Cuestionario para el estudio coordinado de la norma lingüística culta*, tomo I, *Fonética y Fonología*, P.I.L.E.I. y C.S.I.C., Madrid, 1973, pág. XV.
2. Cf. Lorenzo Ramos, Antonio (1988). «Algunos datos sobre el leísmo en el español de Canarias», en *Sobre el español hablando en Canarias*, Ediciones J.A.D.L., La Orotava, Tenerife, pp. 42-50.
3. Cf. León, Víctor, (1980). *Diccionario de argot español*, Alianza Universidad, Madrid; Umbrales, Fco.: (1983). *Diccionario Cheli*, Grijalbo, Barcelona; Oliver, Juan Manuel, (1985). *Diccionario de Argot*, Sena, Madrid.
4. Vid. J.L. Alonso, (1976). *Léxico del marginalismo de siglo de Oro*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca; *ibid.*: *El lenguaje de los maleantes españoles de los siglos XVI y XVII: la germanía (Introducción al léxico del marginalismo)*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca, 1979.
5. Cf. Carlos Clavería, (1967). «Argot», en *Elh*, II, Madrid pp. 349-363.
6. *Sociología*, Nexos, Barcelona, 1989, pág 49d (5ª ed.).
7. *Comunicación y lenguaje juvenil*, Félix Rodríguez González (ed.), Editorial Fundamentos Madrid, 1989, pág. 13. (Varios autores).
8. Cf. Lázaro Carreter, Fdo. (1980). «Lenguaje y generaciones», en *Estudios de lingüística*, Editorial Crítica, Barcelona, pág. 244.
9. *Langage et classes sociales*, Minuit, París, 1975.
10. Carreter, *op. cit.*, pág. 245.
11. «Elementos no marginales en la lengua coloquial de los jóvenes», en *Comunicación y lenguaje juvenil, opus cit.*, pág. 241.

12. Cf. estos y otros ejemplos en Otero Seco, Antonio, (1968). «Notas para un vocabulario argótico español de la mala vida», en *Études Ibériques*, III, Centre d'études hispaniques, hispanoaméricaines et luso-brésiliennes, Université de Rennes, pp 55-63.
13. «Lenguaje y contracultura juvenil: anatomía de una generación, en *Comunicación y lenguaje juvenil*, *opus cit.*, pág. 139.
14. Brake, M.,; (1989). *The Sociology of Youth Culture and Youth Subcultures: Sex and Rock 'n roll?*, Routledge and Kegan Paul, London, pág. 11 *Cit.* por Rodríguez González, *opus cit.* en nota 13, pág. 139.